



Vida y memoria *de las palabras*

Tuve la suerte, hace ya años —es cierto—, de estudiar Filología en la Universidad de Salamanca, en una época en que era posible acudir diariamente a la biblioteca abierta a los estudiantes en el edificio histórico de la propia universidad. Allí leí el *Cid*, el *Conde Lucanor* o el *Buscón*, y allí pude estudiar arte ayudado por el *Summa Artis*, o literatura de la Edad de Oro con la compañía del “Alborg”, en el silencio reverencial de unos espacios individuales que, en mi imaginación, me transportaban a otras épocas. Desde entonces he sido un buen usuario de las bibliotecas para estudiar e investigar (la fascinación que me produjo el primer encuentro con los libros buscados en la Biblioteca Nacional no ha decrecido con el paso de los años), pero no tanto para leer, ya que siempre fui aficionado a comprar los libros que me gustaban y a leerlos en los espacios que yo mismo me iba creando.

El concepto de *biblioteca* ha cambiado mucho en los últimos años. De lugar en el que se guardaban y prestaban libros ha pasado a ser un lugar vivo, que proporciona información y conocimiento, promueve la lectura, fomenta hábitos lectores y posibilita la relación entre usuarios. No estoy tan seguro de que el concepto de alfabetización también haya cambiado: éste no debiera limitarse a saber leer y escribir, sino que hoy cualquier programa de alfabetización tiene que facilitar el acceso del ciudadano al mundo globalizado de la información, preparándolo para manejarlo, libre y críticamente, en él; es decir, debiera tener como objetivo la adquisición de la competencia lectora, porque la lectura no es sólo el reconocimiento de unos sonidos, de unas sílabas o de unas palabras en el conjunto de un texto; las palabras pueden significar cosas muy diferentes, que sólo un lector competente sabrá “leer” en cada momento.

Aunque nunca se ha leído tanto como ahora, ni nunca han existido tantas bibliotecas, leer no está de moda, al menos en algunos ámbitos importantes e influyentes de nuestra sociedad; al contrario, es una actividad poco valorada por la sociedad, por los medios de comunicación y, particularmente, por los jóvenes: a muchos adolescentes, de los que leen habitualmente, les da vergüenza -incluso miedo, a veces- reconocer ante sus amigos que son lectores, entre otras cosas porque ya han existido casos de intolerable persecución a chicos y chicas que son lectores. La lectura

Aunque nunca se ha leído tanto como ahora, ni nunca han existido tantas bibliotecas, leer es una actividad poco valorada por la sociedad.

tiene que asumir nuevos retos en este tercer milenio, retos que exigen lectores capaces de responder a los mismos desde la libertad y la autonomía crítica que le confieren su condición de lectores competentes.

Si antaño las bibliotecas, las pocas que existían, posibilitaban el estudio o la lectura de quienes no podían acceder a esas actividades de otra manera, hoy -además de continuar ofreciendo esos servicios- son un instrumento imprescindible para modificar esa negativa valoración social de la lectura, además de uno de los principales motores que nos llevarán a una *sociedad lectora* plena. Pero la biblioteca será siempre el “depósito universal” de la memoria colectiva, esa en la que se juntan historias y emociones, sentimientos y viajes, llantos y pasiones, sueños e historias, de escritores de todas las culturas y tiempos que quisieron que sus obras estuvieran a disposición de todos los lectores, fuera cual fuera su época, su lengua o su contexto. La biblioteca como vida y memoria de las palabras. ■

* Pedro C. Cerrillo es catedrático de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Universidad de Castilla-La Mancha, director del Centro de Estudios de Promoción de la Lectura y Literatura Infantil (CEPLI) y miembro del comité científico de *Mi Biblioteca*.